



Piccole Suore Missionarie della Carità
(Opera Don Orione)
Casa generale
Via Monte Acero, 5 – 00141 Roma
www.suoredonorione.org



Prot. 7/23

Objeto: Circular de Cuaresma

Queridas Hermanas:

Entramos ya en el camino cuaresmal, que este año nos encuentra en el clima de preparación al XIII Capítulo general.

Un tiempo de gracia particular que nos llama a retomar nuestra vida y confrontarla una vez más con la vida de Jesús, nos llama a caminar sobre sus huellas y recorrer nuestro Via Crucis hacia el Misterio más grande y más profundo de nuestra fe: la muerte y resurrección del Señor, el triunfo de la vida sobre la muerte, el paso del pecado a la salvación donada a nosotras por el infinito amor de Dios por nosotras, que ha querido “*¡que todos los hombres se salven!*”!



El lema de nuestro XIII Capítulo general es toda una invitación y un programa de vida para vivir esta Cuaresma, y entrar en un itinerario de conversión y de santidad que haga más bella y fuerte nuestra vida consagrada, nuestra misión, toda la vida de nuestra Congregación, y nos disponga a acoger lo que el Capítulo nos donará, con corazón abierto y disponible.

Quisiera invitarlas, a través de esta carta, a vivir juntas este tiempo, poniéndonos bajo el manto de María al pie de la Cruz y, junto con Ella, mirar, adorar, contemplar y amar al Hijo que desde la Cruz nos mira con amor y compasión y nos invita también a nosotras a mirarnos con amor y compasión.

Mirar el Crucifijo ...

María siempre ha mirado a Jesús con ojos contemplativos, con los ojos del amor... desde el pesebre hasta la Cruz, su mirada maternal ha sabido descubrir siempre más el misterio de su Hijo; una mirada siempre nueva y renovada: la mirada del verdadero amor.

Nosotras, religiosas, corremos el peligro del acostumbramiento. Con frecuencia estamos tan “*acostumbradas*” a las “*cosas de Dios*” que podemos “*mirar sin ver*”. Nos acostumbramos a tener el sagrario en casa, a “*decir*” las oraciones, a “*hacer*” adoración... nos acostumbramos a llevar una Cruz en el pecho o a tenerla en nuestras habitaciones o ambientes... nos acostumbramos a la Misa y a la escucha de la Palabra... nos acostumbramos a hablar de Don Orione y a ser “*orioninas*”... ¡Nos acostumbramos a todo!

Pero el acostumbramiento es enemigo del estupor. ¡El acostumbramiento es enemigo de la santidad!

El acostumbramiento nos hace incluso indiferentes, sin corazón, insensibles... El acostumbramiento nos vuelve ásperas, rígidas, superficiales...

El acostumbramiento nos hace perder la capacidad de maravilla frente a la belleza, a la bondad, frente al hermano, a la hermana que vive con nosotras; el acostumbramiento nos puede hacer perder la capacidad de conmovernos frente a un niño, a un enfermo, a las lágrimas del otro, nos puede hacer perder la capacidad de alegrarnos por las pequeñas cosas de la vida cotidiana, por los logros de una hermana, por los dones de los demás, por la frescura y la creatividad de las jóvenes...

El acostumbramiento nos puede hacer perder la capacidad de ver la necesidad de quien está al lado en casa, de acoger la novedad, de ser delicadas, creativas, generosas, altruistas y serviciales en la comunidad...

El acostumbramiento nos puede hacer vivir los tiempos litúrgicos como una cosa más de calendario, como una cosa que “*se hace*” y no que “*se vive y se revive*”, como una cosa de ritual a observar, y no como tiempo de renovada fecundidad del Misterio que se celebra...

El acostumbramiento nos puede transformar en espectadores insensibles frente al sufrimiento del mundo, a las atrocidades de la guerra, a las catástrofes o a las injusticias que sufren los pueblos, las familias, los pobres, y nos hace encerrar en nuestros pequeños mundos y en nuestras pequeñas vicisitudes y situaciones cotidianas.

El acostumbramiento nos puede hacer “*mirar*” el Crucifijo como un objeto de devoción o de “*ambientación*” litúrgica, y no como la memoria del acto de amor más grande de Dios, que se renueva en cada Eucaristía y se revive en cada Pascua, invitándonos a una permanente conversión en el amor.

El acostumbramiento no deja espacio a la contemplación del Misterio que nos abraza y nos recrea.

Mirar el Crucifijo con los ojos de María significa mirarlo con los ojos del amor, contemplar el Amor y dejarse abrazar cada vez, y cada vez revivir el estupor, la gratitud, el deseo, la sed de Él, y llorar de amor, de arrepentimiento, de conmoción frente a un Amor tan grande y gratuito...

Mirar el Crucifijo con los ojos de María significa mirarlo con ojos de esposa, de hermana y de madre, cada vez, cada día, hoy, mañana ... como la primera vez, pero con amor más intenso.

Estamos iniciando la Cuaresma una vez más... una nueva oportunidad para “*despertarnos del sueño del acostumbramiento*”, para salir del letargo que no nos permite contemplar y dejarnos transformar. Durante esta Cuaresma, tomemos entre las manos, cada día, el Crucifijo, apoyémoslo sobre el corazón, besémoslo, hablémosle, contémosle nuestros acostumbramientos, entremos en su corazón, escuchémoslo y dejémonos purificar por Su amor.



Creo que este sea el mejor modo de iniciar este tiempo de Cuaresma: junto a María mirar el Crucifijo, recuperar la capacidad de maravilla, desenmascarar nuestras estériles costumbres y mirar al mundo y a los demás con los ojos del Crucificado.

El corazón y los brazos...

Jesús muere con los brazos y el corazón abiertos, así lo contemplamos en la Cruz... así lo hemos contemplado en el pesebre... Toda la vida de Jesús ha sido un permanente “*abrazo de misericordia*” que en la Cruz ha llegado al máximo del don y del amor; en la impotencia de la Cruz, Jesús continúa abrazándonos y abriéndonos el Corazón sin medida y sin mezquinar nada.

El mes de febrero se abrió a nosotras cargado de eventos que nos llenaron de alegría, de gratitud y de esperanza: primeros votos, renovaciones, votos perpetuos, jubileos de VC...

Muchas de nosotras recordamos con emoción el “*primer sí*” y hemos vivido con gratitud el don de tantas de nuestras jóvenes en los cuatro Continentes... ¡Tanta gracia! ¡Tanta disponibilidad y confianza en el Señor que nos llama y nos sostiene en la vocación! ¡Tanto entusiasmo, alegría y disponibilidad!

Al mismo tiempo, estos eventos son para nosotras una llamada a reflexionar y a hacer una revisión de nuestra vida, de nuestra fidelidad en la respuesta y perseverancia en el compromiso asumido.

Para Dios no cuenta el “*tiempo*”, sino la “*intensidad*” del amor y del don permanentemente renovado. Nosotros contamos los años, Dios cuenta la fidelidad de un “*sí*” que es un permanente “*presente*”.

¿Por qué les estoy diciendo esto? Porque en este período he reflexionado acerca del peligro de dejarse arrastrar, también en esto por el acostumbramiento. En el peligro de abandonar el entusiasmo del “*primer amor*”, de olvidar las palabras pronunciadas en la Fórmula de los Votos y entrar lentamente, y tal vez sin darnos cuenta, en un camino no de “*subida*” sino de “*bajada*”, no de “*crecimiento*” sino de “*retroceso*”, no de “*apertura*” sino de letal “*cerrazón*”.

¡Jesús no ha “*cerrado*” los brazos! ¡Jesús no ha “*cerrado*” el corazón! Al contrario, los ha abierto siempre más, para indicarnos que seguirlo es abrirse siempre más, consumirse siempre más, despojarnos siempre más de nosotras mismas para “*¡Vivir en Él y hacer vivir a todo el mundo de Él!!*”

Una vida religiosa con los “*brazos cerrados y el corazón cerrado*” está destinada a morir en la esterilidad, en la comodidad, en la amargura, en la mezquindad, en el descontento... No son, queridas hermanas, los años que nosotras “*contamos*” (y de los cuales a veces nos gloriamos de celebrar) los que garantizan una vivencia fecunda y santa, sino la perseverancia en el amor y en el don, jóvenes o ancianas, sanas o enfermas... cuenta el testimonio de un amor perseverante que ama ¡siempre más!



La Cuaresma nos invita a mirar los “*brazos y el corazón abiertos*” del Crucificado, y a hacer una seria y sincera revisión de nuestra vida consagrada, en el momento que nos toca vivir, con la edad que tenemos, con la salud que tenemos, en la comunidad que tenemos, con las Superiores y las hermanas que tenemos...

La Congregación se debilita frente a la falta de disponibilidad y de compromiso serio, a la cerrazón frente a las dificultades comunitarias y a la mediocridad en el vivir los Votos.

Hermanas, nuestros Votos no pasaron de moda o, como se escucha decir, “*ya están superados*”... la vida fraterna, la vida de pobreza y la obediencia filial no pasaron de moda, no están “*superadas*”... la pureza de corazón, el decoro y la sobriedad no pasaron de moda, no están “*superados*”... la capacidad de acogida sin prejuicios y el respeto entre nosotras no pasaron de moda, no están “*superados*”... la generosidad y la gratuidad en el servicio, la capacidad de trabajar juntas y de ayudarnos, la empatía y comprensión entre nosotras, las palabras amables y gentiles, la capacidad de dialogar y de perdonarnos, de no criticar, de no ironizar, de no provocar con gestos y palabras, de estar disponibles a las necesidades que nos piden, de construir relaciones positivas... y tantos, tantos otros ejemplos... no pasaron de moda, ¡no están “*superados*” Hermanas!

La renovación de la Vida religiosa pedida por la Iglesia y asumida muy seriamente desde hace años en nuestra Congregación, no es sinónimo de “*liberalismo*” sin reglas comunes, sin orden, sin estructuras... Si queremos una Congregación “*a la cabeza de los tiempos*”, renovada en el Espíritu y en la misión, tendremos que comenzar de nuevo a “*obedecer al Espíritu*”, que se manifiesta en la unidad del Cuerpo y no en la división, en el individualismo, en el protagonismo personal separado de la comunidad y, tal vez, también separado de la obediencia.

Jesús en la Cruz tiene los “*brazos y el corazón abiertos*” como el signo más sublime de “*obediencia*” al Padre y de acogida de aquellos que el Padre le ha dado. Los “*brazos y el corazón abiertos*” de Jesús nos indican el camino: Jesús en Cruz es nuestro modelo.

Estamos iniciando la Cuaresma una vez más... una nueva oportunidad para confrontarnos con los “*brazos y el corazón*” abiertos de Jesús en la Cruz. Una nueva oportunidad para preguntarnos sobre nuestras cerrazones. Jesús en la Cruz nos interroga sobre nuestra obediencia, sobre nuestra pobreza y castidad, nos interpela sobre la autenticidad de nuestra caridad... De la Cruz su grito

“¡tengo sed!” se dirige hoy a nosotras, a mí, a ti... ¡Jesús tiene sed de nuestra coherencia, autenticidad y santidad!

Creo que sea éste el mejor modo de iniciar este tiempo de Cuaresma: junto a María entrar entre los brazos abiertos de Jesús crucificado y dejarnos re modelar y purificar por su Sangre.

Las heridas del cuerpo de Jesús...

Mirar las heridas del cuerpo de Jesús con los ojos de María y los sentimientos de María, nos lleva a encontrar en estas “*sagradas llagas*” todos los sufrimientos y los dolores de la humanidad, del mundo, de la Iglesia, de la Congregación; las heridas de nuestra comunidad y nuestras propias heridas...

Todas nos entristecemos cuando leemos o escuchamos noticias de muerte, de abusos, de injusticias en el mundo o en distintos países; aún más cuando estas cosas suceden en la Iglesia, causadas por gente consagrada, sacerdotes u obispos... Acciones que actualizan la crucifixión y las heridas del cuerpo de Jesús.

Aun así, me pregunto ¿cuántas veces nosotras, que nos escandalizamos y rechazamos estos actos, no provocamos otras heridas a nuestra Congregación, a nuestras Comunidades, a nuestras Hermanas, al personal que trabaja en nuestras casas...? Normalmente nos lamentamos porque nos sentimos “*lastimadas*” por los demás... pero ¿pensamos cuántas veces podemos ser nosotras las que provocamos “*heridas*” a la Congregación? Tal vez alguna piensa que estoy diciendo cosas que no nos conciernen... pero, queridas hermanas, nosotras no estamos exentas de “*herir*”... y ¿cuáles son las heridas que podemos provocar y provocarnos entre nosotras y así “*herir*” de nuevo el Cuerpo de Jesús?

Herimos el cuerpo de Jesús cuando la crítica negativa y destructiva se instala como “*estilo*” en el seno de nuestras comunidades...

Herimos el cuerpo de Jesús cuando asumimos comportamientos hipócritas, vestidos de falsa santidad y observancia...

Herimos el cuerpo de Jesús cuando de nuestra boca salen ironías, palabras punzantes, faltas de respeto...

Herimos el cuerpo de Jesús cuando nos hacemos autorreferenciales, exigentes, descontentas de todo y de todas...

Herimos el cuerpo de Jesús cuando nos miramos con celos, con rivalidad o con indiferencia y desconfianza...

Herimos el cuerpo de Jesús cuando le cerramos las puertas a la hermana que tiene más necesidad, que llega de lejos a nuestra casa, que tiene un dolor...

Herimos el cuerpo de Jesús cuando le faltamos el respeto a la gente o al personal, cuando no nos hacemos cargo de las expresiones que usamos, cuando provocamos a los demás con actitudes descorteses...

Herimos el cuerpo de Jesús cuando asumimos comportamientos mundanos, cuando no cuidamos el buen ejemplo, cuando confundimos apertura con falta de educación y actitudes que contradicen nuestro ser consagradas, cuando escandalizamos a los demás sin respetar su cultura...

Herimos el cuerpo de Jesús cuando no queremos colaborar con quien está en servicio de autoridad, cuando nos permitimos decir o mandar mensajes de WhatsApp condenando, juzgando, mensajes de descontento, de desprecio, o cuando concretamente “*ignoramos*” a quien está en servicio de autoridad...



Herimos el cuerpo de Jesús cuando nos instalamos en nuestra comodidad y no acogemos un traslado, un servicio, una misión, desmintiendo nuestra identidad y cuanto hemos abrazado con el IV Voto...

Hermanas queridas, seamos sinceras con nosotras mismas, todas llevamos dentro “*heridas*”, pero también todas podemos infligir “*heridas*” al cuerpo de Jesús y a la vida de la Congregación... Les digo con dolor: el uso excesivo de bebidas alcohólicas no es siempre un buen testimonio (el alcohol no se puede considerar “*una medicina*”)... el mal uso del tiempo, las horas en redes sociales o en la televisión, las siestas largas o el encerrarse en las habitaciones no son un buen testimonio de misionariedad... el uso independiente y poco transparente del dinero o de la propia pensión, el poco cuidado de la casa, el derroche de luz, de agua, de compras inútiles, de construcciones edificadas mal, el uso irresponsable de las cosas no son libertad ni pobreza evangélica... y no continúo ...

Sé que a este punto podrían pensar que estoy exagerando... cada una tomará lo que siente que debe tomar, pero creo que en el Capítulo general la Congregación buscará nuevos horizontes de vida y de misión para el carisma: no tendremos “*horizontes nuevos*” si no nos transformamos nosotras primero en “*personas nuevas*”.

Estamos iniciando la Cuaresma una vez más... una nueva oportunidad para todas, empezando por mí, para ponernos delante de las heridas de Jesús Crucificado y confrontarnos con Él, pedirle que abra nuestros ojos para poder ver, con verdad, cuál es nuestra responsabilidad personal frente a las heridas de Jesús y de la Congregación: una nueva oportunidad para pedir que por Sus heridas también nosotras podamos ser curadas y salvadas.

Creo que esta sea la mejor manera de iniciar este tiempo de Cuaresma, junto a María y con María: entrar en las heridas del Crucificado y permitir que Él nos purifique y nos lave con su misericordia sin límites.

Rezar con María a los pies de Jesús...

Mirar a Jesús con María y rezar, adorar, contemplar...



Seguramente en todas las comunidades se van a organizar para vivir este tiempo de Cuaresma siguiendo las indicaciones de la Iglesia y de nuestras Constituciones.

Una vez un sacerdote, durante la prédica de inicio de la Cuaresma, interrogó a los fieles diciendo: “*¿cuál es la cosa más importante de la Cuaresma?*”

Entonces, preguntémonos: ¿cuál es la cosa más importante de la Cuaresma? Preparar el corazón, purificarnos de los pecados, hacer ayuno, hacer silencio, hacer abstinencia de carne, hacer el Via Crucis, hacer oraciones penitenciales, limosna, confesarse...

¡Cierto! Todo esto se hace de manera más cuidada en el tiempo de Cuaresma... Pero, ¿cuál es la cosa más importante de la Cuaresma? “*¡La cosa más importante de la Cuaresma!*”, concluía el sacerdote, *es la Pascua!*”

Nada de cuanto podamos hacer es importante, útil, y tiene sentido, si no va orientado a llegar a la Pascua como “*personas nuevas*”, si no va orientado al gran misterio de la Pascua de Jesús, y la Pascua es un Misterio de Amor extremo.

Por lo tanto, hermanas, ciertamente nos organizaremos para hacer oraciones, ayunos y renunciaciones... y hay que hacerlo. Pero, a la luz de esta reflexión, tal vez un poco fuerte, que he querido compartir con ustedes en esta carta, preguntémonos: ¿cuál es el ayuno, el silencio y la penitencia agradables a Dios?

Nos ayuda el profeta Isaías: “*Ustedes ayunan entre peleas y contiendas, y golpean con maldad. No es con esta clase de ayunos que lograrán que se escuchen sus voces allá arriba. ¿Cómo debe ser*

el ayuno que me gusta, o el día en que el hombre se humilla? ¿Acaso se trata nada más que de doblar la cabeza como un junco o de acostarse sobre sacos y ceniza? ¿A eso llamas ayuno y día agradable a Yahvé? ¿No saben cuál es el ayuno que me agrada? Romper las cadenas injustas, desatar las amarras del yugo, dejar libres a los oprimidos y romper toda clase de yugo. Compartirás tu pan con el hambriento, los pobres sin techo entrarán a tu casa, vestirás al que veas desnudo y no volverás la espalda a tu hermano. Entonces tu luz surgirá como la aurora y tus heridas sanarán rápidamente. Tu recto obrar marchará delante de ti y la gloria de Yahvé te seguirá por detrás." (Is. 58, 4-8)

Con María organicemos nuestra Cuaresma a la luz del profeta Isaías: *desatar, quitar, liberar, compartir...* Nuestras renunciaciones "*materiales*" tendrán sentido si irán acompañadas con gestos concretos de conversión, con palabras de amor, con actitudes de bondad, con comportamientos de acogida y delicadeza, con todo aquello que nos lleve a "*construir*"...

Entonces sí la Cuaresma será una anticipación, día tras día, de la alegría de la Pascua, y ¡llegaremos más "*resucitadas*" en el Resucitado! Ofreceremos así nuestra mejor contribución al XIII Capítulo general de nuestra Congregación: ¡nuestra vida cualificada en el amor!

Les propongo, en este tiempo, tomar la famosa y antigua oración que les copio a continuación, y que pertenece a la tradición de la Iglesia: detengámonos en cada frase, en cada palabra, reflexionemos sobre el contenido profundo, bello y actual que contiene; pidámosle a María rezarla con nosotras a los pies del Hijo Crucificado, para que lo que dice se realice en nosotras:

*Alma de Cristo, santifícame.
Cuerpo de Cristo, sálvame.
Sangre de Cristo, embriágame.
Agua del costado de Cristo, lávame.
Pasión de Cristo, confortame.
Oh mi buen Jesús, óyeme.
Dentro de tus llagas, escóndeme.
No permitas que me separe de ti.
Del maligno enemigo, defiéndeme.
En la hora de mi muerte, llámame.
Mándame que vaya a ti
para que con tus Santos te alabe
por los siglos de los siglos. Amén.*



Unida a las Consejeras generales las saludo con afecto en el Señor, les auguro a todas una "*Cuaresma pascual*"; continuamos siempre unidas en la Eucaristía cotidiana.

Fraternalmente,



Sr. Mabel Spagnuolo
Sor M. Mabel Spagnuolo
Superiora general

Buenos Aires, 11 febrero 2023.
Memoria de la Virgen de Lourdes.